

Vida después de la vida.

Por [E. Armstrong](#)

Introducción

Hablar de lo que ocurre a la vida con posterioridad al tiempo en que nos encontramos puede parecer un sin sentido, pero hay bases sólidas sobre las cuales es posible establecer desarrollos y proyecciones demostrables. Por ejemplo, la teología de la Iglesia Católica, en esta materia, estableció notables avances -cambios- desde el pontificado de SSJPII gracias a los aportes del entonces Cardenal Ratzinger, con lo cual, la visión tradicional se ha visto cambiada desde sus bases para ajustarse a doctrina, lo que ha traído consecuencias que aportan una mayor claridad en las tesis que abordan la realidad de la vida después de la muerte del cuerpo. Utilizo la palabra claridad, ya que la postura actual está alineada con la misma naturaleza humana, por lo que es universal, en el sentido de que nadie debe sentirse excluido, además de ser mas positiva y acogedora que lo planteado con anterioridad, al menos en la imaginería colectiva.

Si a lo anterior le sumamos que lo propio de lo que es natural logra una plena sintonía con lo que plantea la teología, la física, las matemáticas, la lógica y las leyes de consecuencia como las de no contradicción, podemos formarnos una visión bastante certera de una realidad , que puede apreciarse no como lo fue, un después, si no como proceso continuo en el tiempo.

Según lo planteado, los lectores pueden esperar comenzar cada tema con una definición, la cual obedece al sentido lingüístico de la palabra y al teológico, a partir de lo cual se desprenden los postulados que le siguen. Por lo cual, las tesis planteadas no buscan obedecer a las creencias u opiniones de este autor, y se sustentan o desprenden de los argumentos previos de cada tema abordado. Según lo cual, las consecuencias señaladas son vistas como el resultado probable, demostrado por la convergencia entre los métodos de verificación ya señalados.

¿Hay vida después de la vida?

Primero, necesitamos aclarar lo que no requiere de morir para llegar a darnos cuenta de ello: no hay vida después de la vida, ya que no se vive dos veces. Tenemos una vida, y es en ella donde nos re encontramos con el reflejo del camino recorrido, gracias al cual nos hemos formado y el cual nos ha facilitado llegar a reconocernos en lo que somos, como en lo que aún quisiéramos mejorar. Porque vivir es crecer, mejorar, construir, participar, compartir, es no dejarnos morir, es Amar, lo que también necesitamos aprender y luego aceptar en nosotros. Amar, es el camino de vida que siempre estará delante de nosotros, porque es la señal que invita, semejando la voz de una luz lejana que desde la oscuridad nos muestra Su dirección, el sentido mas seguro para nuestros próximos pasos. Nos dice que tropezar o caer en la adversidad de la oscuridad no es problema si persistimos sin detenernos, ya que siguiendo a esa señal que tanto nos ha esperado, siempre en la vida podremos proseguir.

Al ver un video de Facebook, en que un periodista español entrevistaba a una mujer que decía haber sobrevivido y regresado luego de estar clínicamente muerta, me encuentro con dichos preocupantes que quisiera señalar. Ella hacía descripciones de las maravillas encontradas, las que no pongo en duda, pero también expresaba interpretaciones como las siguientes, “fui engañada”, “no había religiones en el Cielo”, “el infierno no existe”. Ante semejantes aseveraciones me sentí en la obligación de aclarar lo que me pareció un asunto de interpretaciones de esta realidad, pero en este caso, ajenas a objetividad. Luego de lo cual, nace la intención de preparar este ensayo, el cual espero ayude a clarificar pocos aspectos pero esenciales de comprender sobre el Cielo y el Infierno, para quienes están interesados en descubrir su propia realidad, al precisar lo que es parte de su naturaleza ante el uso actual tan indiscriminado de ambas palabras.

¿Dónde está el Cielo?

Hoy es reconocido que el Cielo no se refiere a un lugar, tampoco está arriba como tradicionalmente se interpretó, y mas que nada se refiere a donde encontramos un estado del alma en concordancia con las otras almas cuya existencia o convivencia está centrada en el Amor. Esto que podría parecer un punto menor o irrelevante, mantiene extrema importancia para comprender nuestra naturaleza común. Veamos algunos de esos aspectos:

- Al no ser u ocupar un lugar, no podemos llegar a situarlo en un espacio puntual, lo que implica que puede estar en diversos espacios, como en todas las dimensiones de la existencia. Proyectando este concepto de forma cuántica, observamos que el Cielo realmente es toda la existencia, describe la realidad de nuestra naturaleza auténtica y eterna, cuyos límites no podemos ni podremos dimensionar jamás, ya que eso supera nuestras facultades o capacidades de comprensión. En palabras simples: el Cielo está en todas partes y encontrarlo, es la meta del proceso que ahora llamamos vivir.
- Referirnos a que lo describimos como un estado del alma, nos explica que el alma es el objetivo de la existencia del Cielo, y por lo tanto, desde el punto de vista del alma, el Cielo no tiene límites perceptibles, en virtud de que sus condiciones buscan permitir y facilitar todas las formas de expresión que el alma pueda demandar en acuerdo a lo que le es propio.
- Vivir es sentirse vivo y, para ello necesitamos sentirnos útiles, como participantes activos de aquello que puede afectar positivamente a otros seres. Situación que implica no desconocer la existencia de múltiples necesidades, las que juntos podremos enfrentar mejor que individualmente. El Amor es mucho mas que un asunto bondadoso y compasivo, lo integra todo, lo abarca todo, porque su fin es unirnos para llegar a ser uno, en la felicidad de la paz compartida. Pero al mismo tiempo, es tan humilde, que su rostro se nos presenta como las carencias que podemos cubrir en otros, por lo cual, en el Cielo, al igual que hoy en la Tierra, al Amor lo encontraremos entre quienes objetivamente nos necesitan, porque Él no pide nada para si.
- El punto anterior es esencial para comprender la realidad que nos espera, ya que simplemente obedece a nuestra naturaleza y no a lo que el

ser humano desea o determina. El Amor no es negociable, no se tranza ni se puede comprar, por lo que quienes ofrecen promesas celestiales de satisfacciones o placeres humanos temporales, para servir como monedas de cambio buscando obtener mas poderes temporales, causan un daño enorme y los abusos de poder mas destructivos que el ser humano ha visto. El Amor no es apreciado por los seres flojos, ni por los cómodos, ni por los egoístas o egocéntricos, tampoco por los poderosos y abusadores, ya que todos ellos quieren construir su paraíso propio a gusto personal, lo opuesto a lo que nuestra naturaleza puede ofrecer. Esas personas se verán objetivamente frustradas y probablemente rechazarán al Amor en su momento, para intentar continuar persiguiendo sus delirantes sueños de grandezas obtenidas a costo ajeno.

- La esencia del alma es una, su Amor; ella nació del Amor, vive gracias al Amor y vivirá por el Amor expresado en las infinitas formas que puede ser manifestado. La esencia del Cielo, en consecuencia, es lo que demanda el alma, esencialmente: Amor. En virtud de lo anterior, podemos decir con una certeza humana lógica, que la esencia del Cielo es la misma que la del alma: Amor.

- Pero como el Amor es presencia, el alma en su expresión de Amor es presencia, y toda presencia ocupa un espacio en el cual se desenvuelve y relaciona con otros seres vivos. Por lo cual, también podemos señalar que el Cielo representa al espacio en que encontramos a las almas que han aceptado al Amor que pueden expresarse plena, libre y mutuamente.

- A este punto, podemos comenzar a abordar un tema de constante preocupación para el ser humano, me refiero a lo que ocurre inmediatamente después de que el cuerpo muere: la despedida del cuerpo que nos cobijó; la sensación de flotar en la oscuridad hacia una luz; y el encuentro. Pero antes, quisiera dejar claro el sentido de lo que muchos en el pasado han llamado como infierno, ya que hablamos de nuestra naturaleza en la cual todo parece estar relacionado, y donde parece que todos estamos relacionados .

¿Dónde está el Infierno? ¿Existe?

El infierno es la palabra utilizada para describir el estado del alma que ha rechazado y rechaza a Dios. Esta palabra, como lo señalamos respecto al Cielo, tampoco se refiere a un lugar específico, no está situado debajo de la

tierra, ni bajo nada. En palabras simples: todo lugar, espacio, dimensión, o donde encontremos comunidades de seres que no quieren a Dios, que viven sin Amor, es denominado como un infierno.

La tradicional imagen religiosa de los condenados quemándose en unas llamas que no se extinguen jamás, es la metáfora con que se intentó mostrar el estado de intranquilidad o ausencia de paz que describe a las vidas que se desenvuelven sin Amor. Lo vemos en la fantasía de tantos cuadros y pinturas que son reproducciones de interpretaciones artísticas, como las atribuidas a la obra *La divina comedia*, de Dante Alighieri, las cuales buscaron ayudar a interpretar los textos sagrados aportando con su cuota de creatividad. No será este un caso aislado, ocurre que vemos lo mismo en los cuadros de la última cena, donde aparecen los comensales sentados en sillas renacentistas y comiendo sobre una mesa muy occidental, cuando lo mas probable, en base a la época y lugar en que ocurrió, o por la geografía como de la arquitectura de la casa elegida para tal evento, que ella ocurriera sobre una o varias alfombras extendidas, con todos sentados sobre cojines, permaneciendo los asistentes en el suelo, estando la comida y sus copas al centro del espacio, también en el suelo, logrando que todos permanecieran compartiendo frente a frente, cara a cara; pero no con una mesa de cuatro patas entre los asistentes. Regresando a lo nuestro, el infierno, por lo tanto, no está ni estará en llamas, tampoco transcurre al interior de un volcán, ni corresponde a estarse quemando eternamente sobre el flujo de lava candente de un volcán o en el interior ardiente de nuestro planeta.

En acuerdo a lo señalado, la condena eterna se refiere al estado de permanente ausencia de Amor al interior de un ser que lo ha rechazado libre y voluntariamente, y que, por lo tanto, se ha condenado a si mismo a vivir la realidad que ha elegido. ¿Imposible? No solo es posible, ya es una realidad que podemos apreciar en esta vida temporal, de hecho, el Derecho Canónico opera exactamente de esta forma: este código del Derecho que busca ordenar el comportamiento de quienes lo aceptan, no condena a nadie, señala lo que es condenable; por lo tanto y en consecuencia, quien viola o transgrede sus normas previamente aceptadas por quien se ve afectado por ellas, y las cuales fueron establecidas para proteger la mejor convivencia, se auto condena a si mismo. El actual Derecho Canónico ha demostrado tal grado de efectividad y sencillez, que se ha transformado en el ejemplo a seguir para el Derecho Internacional, proceso actualmente en curso. ¿Por qué? Muy simple, porque es mas cercano a la naturaleza humana que las otras aplicaciones del Derecho, actualmente vigentes.

Aclarado este punto, podemos continuar con otros aspectos que siguen lo señalado en líneas anteriores.

¿Existe el juicio divino en el Cielo?

- El juicio divino no es un juicio humano, por lo que es atemporal, natural, y ni siquiera requiere de la presencia de autoridad alguna, ya que la realidad de cada alma es la que, ante sí misma, se juzga como nadie más puede hacerlo, y de forma más justa (e implacable). En trabajos anteriores sobre este tema, desarrollados ante el asunto de la conciencia, aclaro que en este momento ella sería superior o más clara en lo percibido comparado al pasado temporal, por lo cual, al menos visto desde la perspectiva humana actual, este es un proceso muy duro, por lo que en acuerdo a lo previsto, sin la gracia, sin ayuda, sin misericordia, sin un estado que perciba el perdón ajeno, podría ser insoportable e imposible como proceso para una mente como la nuestra.

- En acuerdo a lo señalado, estamos nuevamente ante la realidad del Amor, el cual no pasa cuentas, no nos pide ni exige nada, no nos impone condición alguna y, como siempre, permanece con nosotros, como una puerta abierta a la esperanza de que lleguemos finalmente a comprender quienes somos y quienes podemos ser, si es que lo aceptamos, y cuando le permitamos entrar en nosotros, pero ahora de una forma diferente, por la puerta que únicamente nosotros podemos abrirle, la de nuestra voluntad. Y eso ocurrirá cuando estemos dispuestos a actuar con Amor, esto es, aceptando desprendernos de algo valioso que poseemos, para así demostrarnos el compromiso incondicional aceptado por un beneficio ajeno, sin esperar recibir a cambio, de nadie. Desprenderse tiene un sentido especial en el contexto del Amor, es aceptar el dolor o el sufrimiento o un padecimiento que pudimos evitar pero que lo aceptamos, únicamente para acudir en ayuda de quien más necesita lo que le podemos ofrecer. El proceso del Amor sigue una mecánica simple, humilde y similar: la llave hacia nuestro Amor es la actitud humilde; lo que nos abre la puerta al Amor es la disposición que acepta nuestra incondicionalidad, y la expresión de nuestro Amor, es el desprendimiento consecuente.

Y aquí estamos ante una gran fuente de conflictos y mal entendidos, ya que la tradición nos ha enseñado que los malos se condenan y los buenos se

van al Cielo. Pero, en acuerdo a las leyes que mantiene el Amor, esto podría no ser tan rígido, porque nos enfrentamos a una realidad mucho mas amplia y maravillosa, lo cual veremos en las líneas siguientes.

Una tesis tradicional para acceder al Cielo: el bién y el mal

La tesis del bien y del mal, de los méritos y los pecados, podría mantener una falla estructural en su planteamiento, la cual parece debilitar esta postura abriendo la posibilidad de que la Salvación no se trata de que existan o no acciones de mal y bien, de pecados y hechos meritorios, si no que a otro asunto muy diferente, según lo cual podríamos estar olvidando lo principal, y, lamentablemente, quizás a lo único que realmente importa, porque supera todo lo anterior y, como si fuera poco, nos permite cambiar y transformarlo todo, y, en consecuencia, transformarnos. Me refiero al Amor, porque ¿qué es un acto de bien, cuando no contiene Amor? ¿Y, acaso el Amor no es lo único que nos permite cambiar para transformarnos en embajadores de la felicidad? Luego, el bien y el mal, aún cuando obedecen a realidades circunstanciales en la vida del ser humano, estas son temporales y subjetivas, en cuanto a que lo único que puede hacer objetivo al acto humano es el Amor. Por ejemplo, un bien sin Amor o dejará de ser un bien, ¿o nunca lo fue? Ya que sin Amor no pasará de mostrarse como un beneficio temporal e intrascendente, posiblemente y no necesariamente como un mal, pero si, tan efímero como el recuerdo del acto que lo originó. En otro aspecto, un mal sin Amor permanece como tal, pero ante el arrepentimiento del ser que se abre al perdón y a su grandioso efecto transformador, donde el acto pasado sigue siendo un mal, como ser transformado si puede llegar a convertirse en uno de bien. Ambos ejemplos permiten apreciar que juzgar o prejuizar a otros puede llegar a ser un error grave, o incluso catastrófico para el ser humano, ya que no disponemos de los elementos de juicio necesarios para discernir con objetividad sobre las vidas ajenas. Quizás nada se trataba de culpar ni de eximir, y todo fue mas simple, se trataba de ayudar, de observar lo que acontece o como podíamos participar colaborando con nuestras soluciones en la medida de nuestras posibilidades. Sigamos desde aquí con, nuestra lista de aspectos ya iniciada en páginas anteriores:

- Ningún ser humano tiene la facultad ni la posibilidad de ser justo al juzgar a otro, por lo que debemos ser prudentes en nuestros juicios. ¿Y si después de la muerte nadie nos juzga? ¿No habrá juicio sobre nuestra conducta pasada? Nadie mas nos juzgará, parece cierto, pero eso no implica

que no exista el juicio de nuestra propia conciencia, por medio de lo cual se abren al menos dos posibilidades: *sin conciencia*, el alma se alejará del Amor porque creerá que merece ser libre de actuar a conveniencia y oportunidad, luego desconocerá su propia naturaleza, ya que si el orden natural no le parece atractivo, deseará convivir con quienes piensan de su mismo modo; y *en conciencia*, estado en que finalmente el alma está arrepentida luego de darse cuenta de su realidad, ante la visión de lo que le ha sido dado, lo cual agradece y acepta integrarse a la existencia que algunos llaman Cielo. Recordemos que este proceso no ocurre en la temporalidad, no hay un antes o después, como lo interpretamos en nuestra perspectiva actual; en la atemporalidad todo parece ocurrir espontáneamente, natural y simultáneamente, nada se siente forzado y los acontecimientos nos parecen invitaciones.

- Y también encontramos lo inesperado, frente al pecador arrepentido que humildemente agradece y aprecia lo que se le ofrece, por lo cual se integra como los demás a la plena existencia, donde reina el Amor. Mientras que como contraparte, encontramos también a seres de bien que sienten merecer más, esperan obtener más que los demás por considerarse especiales o que se les debe una suerte de preferencia, por lo cual, defraudados ante una realidad que no reconoce deuda alguna, prefieren alejarse con el dolor de rechazar lo que antes defendieron. Estos hechos no son ideas o imaginación, están debidamente señalados en la Biblia (el mejor de los ángeles -no el peor-, por su soberbia se alejó del Amor, junto a quienes pensaban como él) y en el N. Testamento (la parábola del regreso del hijo pródigo, es una obra maestra sublime sobre la forma en que la naturaleza del Amor opera en esta materia, donde *la justicia del Amor* se nos muestra radicalmente diferente a la humana y en muchos aspectos no es fácil aceptarla. Si te interesa este tema, lee a *Newman, El regreso del Hijo Pródigo*)

- En nuestra existencia hay un orden natural que no podremos cambiar, y en materias muy diversas es la misma naturaleza la que nos demuestra que todo lo que viene del ser humano es subjetivo, relativo, complejo de evaluar y valorar, por lo que la inteligencia racional exige nuestra permanente disposición y atención para no descuidarnos con una interpretación liviana en base a la apariencia o conveniencia inicial. Si el Amor es lo que entrega sentido y, en consecuencia, lo que hace objetiva nuestra realidad en cualquiera de sus aspectos, ahora, hoy, lo podemos apreciar en sus efectos sobre lo que hagamos: en como Él puede transformar lo temporal en eterno, lo subjetivo en objetivo, lo cuantificable en infinito, lo que estaba perdido en ocasión de encuentro, lo ajeno y distante en presencia viva... No

transformará lo que objetivamente es la causa ajena de dolores o sufrimientos, pero si nos permite transformar al dolor y al sufrimiento, haciéndolos una causa personal para lograr las mas duraderas y mayores transformaciones posibles de observar en la existencia, cuando a esas motivaciones indeseadas les damos un sentido verdaderamente trascendente, esto es, cuyos positivos alcances por otro ser van mas allá de lo que podría beneficiarnos o perjudicarnos, es cuando mas crecemos.

A estas alturas, es posible que ya visualicemos lo mismo, el Cielo y el Infierno son como verdaderas puertas abiertas, representan las dos opciones que tendremos después de dejar nuestro cuerpo, pero esta vez la decisión será definitiva; al menos, para el momento.

En el Cielo no existe el infierno

Regresando a lo que planteaba el comentado video con que iniciaba estas líneas, podremos ver que efectivamente en el Cielo no existe el Infierno, pero es porque no estaremos en el infierno; tampoco hay religiones ciertamente, ya que ellas representan los caminos que nos guían y llevan hacia la mejor vida posible con vistas a nuestro destino, la llegada al Cielo, al encuentro con la plenitud del Amor. Pero ninguna religión es necesaria en el Cielo, ya que es donde se vive lo que ellas intentaron mostrar y ofrecernos, con los limitados recursos disponibles de esta vida temporal, sumados al esfuerzo sobrehumano de tantas vidas dedicadas con lealtad y devoción a servir a sus propósitos: mostrarnos el rostro vivo del Amor, con nosotros.

En el Cielo no están quienes rechazan al Amor ya que la convivencia sería intolerable para todos, por lo cual, la naturaleza propia de la existencia ordena, exige y protege tal separación. Tampoco esta realidad de segregación nos es ajena o lejana, ya que de no estar hoy protegidos, en este planeta, la vida humana como la conocemos sería imposible y de ninguna forma con las libertades que disfrutamos y que poco valoramos.

El precio de la libertad tan necesaria para expresar la voluntad y aceptar el Amor, es la disidencia de quienes no quieren compartir lo que han obtenido o lo que creen poder obtener por si mismos, actuando sin considerar a los demás en los beneficios obtenidos. Una vida centrada en si misma, sin considerar a nadie mas, y menos aquello que podría afectarla de alguna forma, es un comportamiento propio de quienes han rechazado el Amor. Si

queremos reconocerlos necesitamos aprender del Amor, para que cuando veamos en un ser a su opuesto, en consecuencia comprenderemos que esto es mas común de lo que con frecuencia creemos. Es cierto que desprendernos de lo que apreciamos no es sencillo ni placentero, para nadie, lo podemos llegar a sentir como cargar una cruz o aceptar un peso o riesgo adicional, por eso, no se puede comprender el acto de Amar con forma dual, como ocurre con los afectos, y solo es posible al aceptarlo como trinitario. El Amor siempre se manifiesta de forma trinitaria, como una presencia viva y convergente de tres personas, un tema maravilloso que es posible de profundizar en Apuntes, leyendo [La trinidad del Amor](#).

Después de la muerte del cuerpo

Inmediatamente después de morir el cuerpo, siguiendo la luz, estaremos en un breve tiempo de transición, en una etapa en que estamos dejando atrás nuestra realidad temporal pasando a la atemporal, donde la percepción del tiempo es diferente. Y uno de sus aspectos es que, desde nuestro punto de vista actual, en esos instantes no es sencillo distinguir entre los antes y los después, ya que ahora no mantienen la misma importancia que tendrán en la temporalidad. En consecuencia, usaré la palabra simultaneidad para describir los hechos principales, como el encuentro del ser con su realidad mas objetiva, al estar por primera vez enfrentado en plenitud a su naturaleza humana y a las reales consecuencias de lo que hemos vivido en términos de cómo afectamos a los demás por medio de nuestras acciones y comportamientos, lo cual nos lleva un estado que llamaré de aceptación o de rechazo. Al mismo tiempo, entre la luz distinguimos a seres sonrientes, quienes a medida que se acercan los iremos reconociendo, son quienes nos precedieron y a quienes mas amamos en la vida temporal, los mas significativos, los que nos introducirán en esta nueva realidad, si la aceptamos. Es un devenir del tiempo en que todo parece ocurrir simultáneamente, así acontece ya que todo concurre y, de este modo, es como logramos confortarnos al percibir sensiblemente lo que es nuestra integridad.

No hay nada raro, no hay magia, no hay calculadoras, ni quienes nos pasen la cuenta por los hechos vividos. Es diferente, hay una actitud de invitación, de introducción, de habernos estado esperando, de profundos sentimientos que buscan el reencuentro y que no tienen ninguna intención ni asunto pendiente. Estamos ante la presencia de almas expuestas, abiertas, seres

que ya nada ocultan a los demás, por lo que al momento en que lo comprendemos ocurre un despertar de la conciencia acerca de los demás y de nosotros mismos, de sentir que estamos juntos, que somos juntos, por lo cual reconoceremos quien somos y que seremos unos para otros. En otras palabras, adquirimos la plena conciencia de que no podemos ser sin los demás, ya que es en ellos que somos, que nos vemos, y que podemos encontrarnos en lo que nos identifica como lo que creemos ser. Es el encuentro con lo que nos unifica y nos hace hermanos, hermanas, y como miembros de una familia en que nos reconocemos tanto en sus orígenes, sus medios y en su futuro; pero especialmente nos identificamos en el aprecio total a lo que se nos muestra como lo mas humilde y sencillo, presente en la esencia de todo lo creado y de todo lo que podremos llegar a ver: el Amor que podemos compartir.

Por esto, con la muerte accedemos a una realidad de la vida plena, la cual llamamos la paz eterna, pero ¿que es la paz eterna? Primero necesitamos comprender que el descanso eterno representa el estado de ausencia de padecimientos y conflictos que pueden alterar el equilibrio que entrega la paz permanente. O sea, no significa que haya ausencia de necesidades o que no se demanden esfuerzos, porque desafíos los habrá siempre, pero ciertamente con ausencia de los desequilibrios que hoy nos causan el estrés, las angustias, depresiones, temores o tantas preocupaciones injustificadas. No estaremos mas solos y nos sentiremos acompañados, descansaremos en la paz que nos ofrece la confianza total en el Amor. Además, hablamos de vivir, no de hibernar o de perder las oportunidades de expresar lo que somos o lo que deseamos llegar a ser; no hablamos de acceder a una realidad estática en el tiempo, ya que ella es dinámica y se encuentra en permanente movimiento, como es lo propio en donde abunda la vida.

El Cielo como derecho a recibir un premio

En una sociedad que demanda tantos derechos y que desconoce tantos deberes como sean posibles de eludir, es razonable que haya quienes esperen obtener después de la muerte únicamente derechos, como si el Cielo fuera donde se le premiará a unos por sus méritos y compensará a otros por los padecimientos injustamente vividos. O sea, su visión del Cielo es como la de donde se nos compensa por los padecimientos sufridos y premia por las intenciones valiosas y los valores vividos. Es una tesis a conveniencia que demuestra altos niveles de egocentrismo y la ausencia del

mínimo realismo objetivo, ya que pretende la existencia de una suerte de deuda divina para con el ser humano.

Similar es lo que vemos entre quienes rebajan la vida después de la muerte a un estado de ocio permanente, o de fiesta perpetua, la cual no dista de esa propuesta de esa religión que ofrece una sexualidad desatada en acuerdo a los méritos alcanzados en esta vida; comprendiendo a los méritos como actuar con obediencia hacia quienes hacen promesas a nombre de la religión. La realidad natural muestra que es la coexistencia en equilibrio, entre los derechos y los deberes, lo que puede ofrecer mayor estabilidad para la paz, y no sus desequilibrios.

Las palabras del *ciento por uno*, para quienes cumplen, son válidas, pero hasta donde alcanza mi comprensión nunca se refirieron al Cielo y si a nuestra atención a lo trascendente o atemporal; nunca pretendieron ser vistas como una forma de negocio o de transacción, donde todo sacrificio conllevaría una supuesta forma de deuda a ser pagada después de la muerte por medio de un premio o privilegio. La tesis de los premios, privilegios, o preferencias, implica intrínsecamente una ausencia de conciencia de agradecimiento y una falta de aprecio por lo que se ha recibido, siendo un camino de alto riesgo que debe ser revisado por quienes lo transitan.

El Purgatorio, como una antesala de purificación

Purgatorio es el nombre que define la tradición como el espacio donde se encontrarían las almas impuras que, voluntaria y conscientemente, buscan limpiarse o purificarse, previamente a su acceso al Cielo.

Sin embargo tal postulado es opuesto al dogma Católico y protestante de que el ser humano se salva por la Gracia, por Amor, no por sus méritos, y mucho menos por su pureza. Además, la idea de un purgatorio supone que podemos pagar con sufrimiento auto infringido nuestra deuda hasta alcanzar un estado de pureza tal, que nos haga dignos de lo que el Amor nos ofrece, lo cual es falso, ya que jamás seremos dignos ni merecedores de lo que nos ha sido dado. Por lo cual, al menos teológicamente, esa tesis parece poco probable y sin sentido, ya que nuestra salvación ocurre por Amor y no por nuestros méritos o el valor de lo que supuestamente hubiéramos efectuado. Por otro lado, quienes actúan meritoriamente lo hacen además de por su gran esfuerzo, por la Gracia recibida previamente, lo cual les permite lograr

tales méritos. Por ejemplo, la inteligencia, los poderes, las habilidades y capacidades, etc. son obtenidas mayoritariamente por condiciones adscritas y no por aquellas adquiridas con un esfuerzo superior al de quienes no las disponen; y cultivarlas, exige convicción previa y condiciones adecuadas a tal empresa. La pureza del alma se refiere al estado de su cuidado permanente, frente a los actos de voluntad que pudieran afectarla; ella es un valor trascendente, ya que atañe directamente a las facultades y potencias del alma, en consecuencia, a la conciencia y nuestra relación personal con el Amor. La pureza como resultado de una transacción es tan efímera como ilusoria, ya que es únicamente en virtud del Amor puesto en los actos que su valor puede llegar a ser trascendente para un alma.

Por lo tanto, sostener que podemos purificarnos en ausencia de Amor, sin practicar acciones concretas por otros seres mas necesitados, o atendiendo a nuestra propia condición o estado como ser individual, en determinadas circunstancias puede llegar a contradecir aspectos que el Amor nos señala. Creer que podemos ser dignos del Amor, podría ser un pensamiento mas alejado del Amor que el de quienes han pecado en Su contra. Por lo que de ser este estado intermedio del purgatorio una realidad, posiblemente todos debiéramos pasar por él, sin excepción, según lo cual, mas parece una idea piadosa, pero innecesaria y sin sustento teológico ni lógico.

El Cielo es donde el Amor se manifiesta a plenitud, por lo que en acuerdo a Sus leyes, es incondicional su acceso para las almas ya liberadas del cuerpo biológico y sus condicionamientos o dependencias. Según lo cual, las opciones ante el llamado por unos como, el juicio, y por otros, como un estado de mayor conciencia, serían dos: aceptar Su nueva invitación o rechazarla.

La vida es movimiento permanente, es un fluir, por lo cual conlleva múltiples causas y arrastra múltiples situaciones, por eso, parece mas realista buscar sentidos y atender las tendencias observadas en los acontecimientos que nos afectan. No es lo mismo decir que *trato de ser mejor*, a plantear que *lo soy*; que *trato de estudiar mejor*, a plantear que *lo soy*; el purismo como el perfeccionismo para unos son desafíos, sin embargo para otros son ilusiones muy costosas, especialmente pueden afectar a quienes se sobrevaloran con expectativas tan altas que mantienen muy poca resistencia a las naturales frustraciones. La vida es simple y nos pide lo suficiente, esto es actuar y hacer algo lo mejor posible, pretender mas podría ser una costosa ilusión o manifestar una pérdida de perspectiva respecto de los demás como de sí. Vivir por lo que suponemos que los demás esperan de nosotros, tampoco es

lo que el Amor espera de nosotros, ya que nos acepta como somos, no pide mas de lo que somos.

Pero es cierto que la razón nos pide metas cada vez mas altas, vencer nuevos desafíos, y definirnos de la forma mas concisa posible, pero la realidad es que somos seres en constante formación, en transición, en crecimiento y adaptación. Por lo cual, ver al ser humano como algo que está definido puede ser tan irreal como lo sería un ser estático en el tiempo, ya terminado, como una persona que ya es, y que no estará mas sujeta a nuevos cambios. Si somos pasajeros de esta vida, la postura planteada podría ser temeraria o poco objetiva. Vivir es participar de una fuente de permanentes y diversas oportunidades, por lo cual, calificarnos o descalificarnos a priori es un error, cuando lo que podemos calificar son nuestros actos o los ajenos, pero no a las personas, como tampoco a nosotros mismos.

El sentido de intimidad en el Cielo

El sentido de intimidad en el Cielo también cambia ante la mayor certeza consciente o transparencia que se logra disfrutar. La realidad atemporal implica cambios naturales, entre los cuales encontramos un nuevo sentido del concepto de intimidad o privacidad. En nuestro actual espacio tiempo, la privacidad e intimidad la comprendemos como un derecho a ocultar para no mostrar a otros, aquello que consideramos privado o que podría afectar la dignidad propia o ajena. Sin embargo, en la nueva realidad atemporal veremos en este aspecto un cambio sustancial dadas las nuevas condiciones que rigen a la inteligencia y la voluntad, como al hecho de que la dignidad se comprenderá por lo que le es esencial, mientras que lo demás pasará a otro plano o será irrelevante, sin interés o importancia alguna. Por ejemplo, ahora respirar, estornudar, mirar algo, son ejemplos de lo que hoy no debiera parecernos trascendente en el día a día, porque en nuestra realidad actual las consideramos como simples manifestaciones irrelevantes. En este sentido, mucho de lo que hoy nos puede parecer importante o necesario, o vital, dejará de serlo, mientras que mucho de lo que hoy no estamos valorando, podría llegar a ser tan importante como vital.

Veamos otro ejemplo, ¿que es mejor? ¿Hacer lo que creo pudiendo errar, o lo que me ofrecen para no errar, ya que es lo mio y lo reconozco? Por ejemplo, el propósito de la vida no es simplemente compartir, ya que esto lo entrega el sentido que le demos o el para qué lo hagamos (compartir por

Amor o para depredar, no son lo mismo). Por lo tanto, toda intención, acto o propósito, depende del sentido que le damos, si hasta la misma vida depende del sentido que le sea dado por sus actores, lo que ocurre en base a dos opciones inteligentes: por medio del ser o el juicio de la razón, o por el de su conciencia, situación en que no siempre están ambas de acuerdo. Proceso que atañe a la libertad ciertamente, pero ante una realidad en donde lo que da sentido al propósito o acto de voluntad, es lo único que puede entregar objetividad al no poder nosotros intervenir para alterarla, esta pasa a ser la realidad y a partir de la cual actuamos. Y lo único objetivo en nuestra realidad actual es el Amor, por lo cual, esta condición no solo no cambia después de la muerte del cuerpo, si no que en el Cielo se hace más presente y su esencia. Por eso la vida humana es considerada un lento proceso de aprendizaje, donde la temporalidad nos simplifica la visión que tenemos de la realidad, al hacerla parcial; y de esta forma llegar a aceptar el Amor, para lo cual primero necesitamos reconocerlo, antes de poder darnos cuenta de su significado en lo que representa para nuestra vida. Estamos ante un largo camino desde el punto de vista de la temporalidad, pero es tan solo un instante en la eternidad.

Ser persona es una meta, pero llegar a sentirnos como la persona que somos es una meta mucho más alta y amplia, sin embargo, llegar a sentirnos la persona que podemos llegar a ser y con quien en paz, nos identificaremos a plenitud, es el resultado final de un milagro. Cada ser humano, es por lo tanto un milagro en desarrollo, por medio de su natural y doloroso proceso de cambios y formación. Por esto, podemos decir que: creer ser, no es lo mismo que ser, ya que solo por medio del Amor es posible llegar a ser.

Hemos visto como carece de sentido temerle a los cambios naturales que se nos mostrarán plenamente reconstructivos, para mejor, y para ser vistos como un aporte objetivo a la vida de todos. Otro ejemplo, hace tiempo que la sociedad nos dice que necesitamos preocuparnos más de nosotros mismos, "Yo estoy bien, tu estás bien", pero el Amor, sin desconocer la realidad mental o racional, nos dice lo opuesto: "Si tu estás bien, yo estoy bien". La idea no es descalificar, es tomar conciencia de que todo lo que realizamos con Amor puede ser mejor y muy probablemente, insuperable, ya que el Amor es también parte de nuestra esencia, por lo tanto reconocerlo es reconocernos, es aprender a vivir la verdad porque es encontrar nuestro destino más auténtico y definitivo. Finalmente no puedo dejar de abordar lo que ocurre con la sexualidad humana, la cual, por ser expresión de respuestas bioquímicas, esta pulsión y sus demandas terminan cuando dejamos el cuerpo, al menos en los términos que hoy reconocemos. Aún así,

considerando las relaciones afectivas establecidas y en virtud del Amor mutuo, ante la plena libertad es posible mantener aquellas que lo prefieran, en los términos que se acuerden o establezcan para sus lazos afectivos frente a su nueva realidad.

Amar no es una forma de expresar los afectos, ya que es un acto superior al ser un fin en si mismo, y no un mero sentimiento o medio. Amar es hacerse presente como presencia, es apersonarse como representante del Amor, quien siempre mantiene un sentido definido, el que le es inherente. En cambio la motivación afectiva trae sentimientos que pueden obedecer a cualquier sentido o motivación, entre los cuales también los hay extremadamente valiosos, como aquellos cuyo sentido conduce en la dirección del Amor, ayudando a reconocerlo. Hay afectos que pueden ser un camino que ayude en el acercamiento al Amor, pero Amar es actuar como si todo dependiera de darlo todo sin esperar reciprocidad, ni recibir a cambio. Por esto decimos que el sentido del Amor es el sin sentido de la razón. Amar es el acto libre que nos inspira a compartir solidariamente con una respuesta incondicional y comprometida ante el sentimiento de compasión que nos permite ponernos en el lugar de otro, comprenderlo y aceptarlo con pasión. Al Amar externalizamos una intimidad, salimos de nuestro interior para ir al encuentro solícito del ser amado, y en este sentido tan simple nos hace cocreadores de vida.

Vivir no es tener, no es perseguir ilusiones, tampoco es hacer, ni es el hacer con sentido, vivir es mucho mas, es sentir la alegría del hacer con el sentido que nos da el Amor, y así crecemos, al sentirnos valorados. Vivir es como la eternidad, como nuestros humildes días actuales, nuevas oportunidades de salir para disfrutar con sentimientos de renovada admiración al mirar las pequeñas y simples maravillas naturales que nos rodean despertando el ánimo con diversas iniciativas. Según lo cual, sin importar como nos auto definimos o consideramos hoy, como o quien creemos ser ahora, sin importar lo que hubiéramos realizado, lo único realmente trascendente en la vida humana parece ser la historia del Amor puesto en lo que hacemos. Y es posible que sea esto lo que finalmente nos defina, como personas, como seres, ante los demás y ante nosotros mismos.

Considerando lo anterior, reconocemos el papel de la conciencia como un puente de expresión, convergencia y unión de voluntades en el Amor, con lo cual ella pasa a sostenernos manteniendo su relevancia. Mas, como ella se manifiesta a la inteligencia desde el interior, desde lo esencial de cada ser, desde el alma, nada será posible de ser oculto a la vista propia como a la

ajena. Este hecho ciertamente afecta el sentido de intimidad que reconocemos o al que hemos estado acostumbrados, pero lo cambia positivamente al transformar los patrones del comportamiento. En la atemporalidad nuestra conciencia se manifestará entregando un sentido de pertenencia, de que formamos parte de un cuerpo comunitario que está presente para servirnos, como para nosotros poder servirlo. Estamos ante una conciencia siempre libre, voluntaria y percibida como mutua o comunitaria, a la cual entonces reconoceremos como una fuente de comunicaciones esencial para sostener la paz y proteger nuestra felicidad. Aceptar el Cielo es aceptar reconciliarnos restableciendo una amistad y, consecuentemente, la mutua confianza, lo cual es un nuevo inicio, con una base sólida para acceder a la paz duradera. Pero, ¿qué es la paz?

La Paz en el Cielo

La paz es la tranquilidad que entrega la estabilidad eterna, la que se obtiene por medio de un acuerdo o pacto, consolidado por un pago o aporte (†). Para otros, es la ausencia de conflictos obtenida por un medio, el cual, para la religión se llama reconciliación, haciendo referencia al pacto entre la voluntad de Dios y la del ser humano, unidas. En acuerdo a lo anterior, si reunimos ambas definiciones podemos establecer una descripción como la siguiente: la paz celestial representa la completa estabilidad que se obtiene por medio de reconciliar la voluntad del ser con el Amor.

Pero hoy estamos aquí, no nos distraigamos antes de tiempo, ya que muy cerca nos queda aún demasiado por hacer, como las necesidades que a nuestro lado pasan diariamente frente a nuestra indiferencia. No nos damos cuenta del poder que tenemos, del que todos llevamos dentro, con nosotros, por lo que es posible que nunca se tratara de cantidades ni de cuanto, nunca se trató de dar la solución total que imperiosamente otro requiere, ¿y si se trataba de mucho menos? Quizás en ocasiones con un sencillo gesto de preocupación habríamos hecho una diferencia, o con una simple palabra amable que demostrara preocupación por el otro. ¿Cuándo lo entenderemos? La soledad, el abandono, el sentimiento de sufrir la indiferencia ajena, es lo que mas muertes y sufrimientos causa, mientras nos negamos a reconocer que todos tenemos el remedio, aportando no mas de lo que nos es posible. ¿Podría ser tan simple como pararnos sobre nuestros pies y detenernos un segundo en la vida para observar lo que nos rodea? Ya

que, mirando con ojos mas humanos podría ser posible cambiarlo todo para otros, como para nosotros.

El Cielo y el Infierno no comienzan allá, tampoco se llega a ellos después de la muerte, ya están aquí, con nosotros, en torno a nosotros, dentro de nosotros, porque ambas son realidades que, en lo personal, dependen de nosotros y de nadie mas, porque el precio del Amor y de los beneficios a los que por Su intermedio hoy podemos acceder, ya está pagado; ahora es un asunto de voluntades y no de posibilidades. La paz es como el Amor, primero es necesario aceptarla, luego de lo cual podremos construirla participando, compartiendo, y defendiéndola en comunidad.

La paz al precio de una Cruz

La paz como el Amor mantienen un costo, ínfima parte del cual será nuestro para proteger y mantener lo que nos ha sido dado, pero hay otra parte que es mayor y cuyo costo no pagamos nosotros. No puedo dejar este tema de lado, ya que el precio de lo que disfrutamos fue y es tan alto, que al menos por nuestra dignidad exige ser conocido, lo cual veremos a continuación.

Lo que ocurre en la Cruz no se quedó en el pasado, ni está ajeno a toda la realidad presente, en este acto el Amor nos abre sus puertas a participar de la eternidad, dándolo todo por nosotros. Es donde se entrega por nosotros haciendo posible que hoy el Amor sea recibido en nosotros, lo que solo pudo ocurrir como la consecuencia de habernos dado el alma.

Desde la Cruz el Amor transforma la existencia y los tiempos, pero además, a los seres humanos los convierte en hijos e hijas del Amor, por lo que desde ese instante atemporal contamos con un alma única y personal, lo cual nos hace a Su imagen y semejanza. Hecho posible gracias a la realidad que permitió al Amor encarnado morir por Amor, transformando definitivamente la existencia universal para encaminarla hacia la eternidad, transformando Su misma existencia en una trinidad, la del Amor. Para el ser humano, lo perfecto es sinónimo de insuperable, pero para el Amor es diferente, ya que no tiene límites, y nos lo demuestra actuando sobre lo que era perfecto, para convertirlo en una nueva y mayor perfección, por la Gracia de un Amor. Gracias a la Cruz hoy tenemos al Cielo con nosotros, en nosotros, y por nosotros, porque solo donde está el Amor encontraremos el Cielo.

En la Cruz es donde el sufrimiento adquiere nuevas dimensiones, lo cual nos permite comprender y aceptar que es posible vencer a toda forma de sufrimiento por medio del Amor que podemos entregar trascendiendo sus causas. De este modo el Amor se hace parte activa de la realidad humana y se dispone al servicio de renovar las esperanzas de quienes padecen o sufren. Es en la Cruz que vemos a quien siendo primero, por Amor se muestra como el último de los humildes, quien mas ha sufrido padeciendo por los demás.

En la Cruz el mas grande se hace el mas pequeño, el mas libre en esclavo, el mas poderoso en miserable, el mas rico en el mas pobre, el mas sabio en quien no puede articular sus palabras y pensamientos, el mas amado en el mas repudiado, y la lista sigue sin un final, ya que el final de esta apuesta terminal por confiar en nosotros, depende de cada uno de nosotros.

La Cruz nos recuerda la deuda eterna del ser humano con el Amor que ha venido a esta tierra de aguas, polvos y aire, únicamente para rescatarnos y salvarnos. Esto es, para darnos la vida, Su vida, sin la cual no existiríamos, ya que sin alma no puede haber Amor, y sin Amor no puede haber vida.

En la Cruz vemos la muerte del Amor causada por el pecado y sus causas de dolor y el sufrimiento, nos encontramos con el Amor crucificado también por nosotros, expresándose como una ofrenda por la resurrección de nuestras esperanzas, como queriendo demostrarnos que todo podremos superarlo cuando nuestra causa sea por un Amor. Recuerdo por pecado comprendemos a todo lo ajeno al Amor que aceptamos buscando un beneficio, siendo en realidad un obstáculo para nuestra felicidad.

Amar no se trata simplemente de dar lo que el otro necesita o me pida, tampoco de cumplir el puñado de condiciones en las cuales el acto se sustenta para ser de bien. Amar es principalmente darse por entero a otro ser, y en este acto se produce una transferencia de vida, lo cual permite integrar para siempre las vidas involucradas. Por eso, en la Cruz, el Amor crucificado por nosotros cambia la existencia y los tiempos, ya que muriendo por Amor a nosotros produjo la integración eterna, la reconciliación definitiva entre el Amor y los seres que lo aceptan libre como voluntariamente.

La Cruz es la nueva luz que ilumina la existencia, es el símbolo del nuevo Cielo, es la nueva Alianza que el Amor puede ofrecer a todas las almas, porque esta fue pagada con sangre, con la sangre del Amor crucificado. Así

llegamos a Su sentido, a la esencia de Su causa, la cual es tan humilde como infinita en su trascendencia: la comunión.

Si quieres la mejor descripción del Cielo que espera por ti, la encuentras en el significado del sacramento de la comunión, en ese pedazo de humilde pan consagrado hay respuestas. Y cuando las encuentres, notarás que el camino para acceder al Cielo es, fue y será, seguir el camino de la Cruz, el mismo que el Amor ya ha recorrido por ti.

La comunión está centrada en un trozo de pan y una copa de agua y vino, los cuales están consagrados como el cuerpo y la sangre del Amor, aquí transformado en fuente de alimento y felicidad, de paz y verdadera vida. Así vemos al cuerpo del Amor consagrado, quien humildemente busca entrar en el alma de los que acepten recibirlo.

La Comunión es el sacramento que refleja la realidad del Amor en la existencia, lo que representa, nos demuestra lo que es el Amor en sus infinitos niveles y dimensiones, en sus causas y efectos, en sus objetivos o intenciones, como las sutiles formas de manifestarse.

La común unión de la existencia implica aceptar lo que el Amor nos ofrece para permitirnos formar parte de Su realidad comunitaria

La Cruz representa a nuestra naturaleza común, por lo que aceptarla o rechazarla no son opciones, como tampoco lo es para cada ser llegar a aceptarse a si mismo. Desconocerse, puede parecer un contrasentido, ya que sería asumir una actitud opuesta a la que nos exige la propia naturaleza. Desconocerse es no apreciar lo que se tiene, y difícilmente puede saber de Amor quien no se conoce, ya que no apreciar lo que tenemos, ni quien somos, debiera ocuparnos porque:

- Es no saber que necesitamos aprovechar también lo indeseado, creciendo.
- Es no distinguir entre medios y fines, entre naturaleza y voluntad.
- Es ausencia de interés por lo ajeno, por quienes pueden necesitar me.
- Es sentirse en la oscuridad de no ver luz alguna que nos motive.
- Es vivir como si todo hubiera terminado, cuando aún no ha comenzado.
- Es buscar, sin antes intentar comprender lo que nos rodea.
- Es no comprender los códigos naturales, en los cuales la actitud es el inicio indispensable para todo lo que emprendemos.

-Es perder la conciencia, lo cual es anular la voz del alma y volver a no ser mucho mas que un animal bastante racional. Pero la distancia entre racional e irracional es corta, es un simple asunto del sentido de los pensamientos, de ausencia de conciencia acerca de que es posible estar mejor.

-Es luchar contra nuestra propia naturaleza, por lo cual es creer que podemos manejarla y sin antes manejarlos.

En la Cruz se nos demuestra que poseer un poder no significa ser su beneficiario, nos recuerda el precio que hasta hoy se paga para darnos la oportunidad de acceder al Amor,

En la Cruz observamos la máxima demostración de la incondicional disposición inmanente del Amor, la misma que se muestra en la naturaleza y la cual nos señala el camino de la vida.

La Cruz es el símbolo universal y existencial del Amor, ya que representa el precio pagado por el Amor para acceder a nosotros y permitirnos, de esta forma, acceder a Él a voluntad.

En la Cruz, el Amor abrió los Cielos a la Existencia para acogernos como hijos, como si todo lo creado fuera para nosotros, como si todo nos hubiera sido dado.

De esta forma somos creados como las semillas de nueva vida, semillas del Amor, semillas de Amor. Todas con el mismo potencial, todas preferidas y tan únicas como queridas, pero ahora su destino está determinado por cada respuesta individual, ya que cada vida es responsable al poder decidir sobre si misma y los demás. Por eso, la Cruz simboliza al Amor delegado, entregado incondicionalmente a otros seres para que ellos puedan decidir su propio destino a voluntad, a imagen y semejanza del Amor.

La Cruz se forma por dos líneas oscuras, las que son posibles de observar ya que rodeadas de luz, para nosotros representan el triunfo del Amor que puede cubrir a todas las formas de oscuridad, como lo es el dolor, la escasez, los padecimientos o el sufrimiento, iluminando nuestras vidas por medio de la naturaleza del Amor, el cual así hoy se muestra triunfante sobre las diversas naturalezas que permiten las múltiples formas de existencias.

La Cruz representa el precio pagado por el triunfo definitivo del Amor sobre todas las formas de poder que hoy pueden afectarnos al reducirnos, esclavizar o aplastarnos entre tantas dependencias y adicciones, esas que

en lo cotidiano estamos viendo como parecen querer superarnos o amargarnos al condicionarnos la vida con lo innecesario.

La Cruz representa el camino del Amor liberado, ella nos demuestra como tenemos hoy la posibilidad de superarlo todo, cuando estemos dispuestos a actuar con Amor y por Amor.

La Cruz demuestra la máxima expresión del desprendimiento total y completo por otro ser, sin esperar ni pedir nada a cambio. Y esos seres somos nosotros.

Una historia del alma humana

La vida y el Cielo podrían tratarse de lo mas simple, de la historia del alma, y es lo que veremos antes de terminar estas líneas.

El alma es la esencia de nuestro espíritu, en ella nos encontramos con el Amor en sus múltiples manifestaciones, gracias a la voz de Su conciencia. Pero, ¿cuando nace el alma? Ante las múltiples respuestas posibles, atendamos lo esencial, el nacimiento del alma es un evento trinitario.

El Amor es presencia trinitaria, luego, el alma se establece en el espíritu humano como tal, en consecuencia, la unidad básica donde nace el alma es la familia, como una nueva presencia que llega a la vida por medios naturales, entregados por una madre, un padre y, el Amor.

Históricamente, para que el Amor fuera presencia integral era necesaria una familia en que la trinidad pudiera manifestarse, y la hubo. Sin desmerecer a sus protagonistas, la Anunciación de la Madre y luego de esta en las Tribulaciones del padre, observamos cambios trascendentes y definitivos en las disposiciones de ambos visitados. Lo anterior no es un accidente ni un tema menor, es la génesis de la proto familia, donde la presencia del Amor se manifiesta como parte de su naturaleza sagrada, en la cual el mismo Amor se hace Hijo, y el fin en Si mismo se hace medio de Si mismo, para alcanzar a quienes ama.

Pero aún faltaba lo que justificó tanto padecimiento, me refiero a que el Amor como presencia se pudiera extender a todos los seres humanos para que, de esta forma, todos pudiéramos formar parte y ser miembros de la misma

familia. Ese acto esencial es el que ocurre en la Cruz, cuando al morir el Amor de la peor forma posible nos permite que, inequívocamente, pueda ser comprendido y compartido por quienes son sus depositarios.

La presencia del Amor es la llegada del alma a los espíritus de la humanidad, uniendo los tiempos y transformando definitivamente la existencia. Por medio de esta Alianza se establece una relación directa y personal, entre el Amor y el ser humano, la cual permite que, con cada vida, ahora su alma pueda proyectarse al trascender su ser, cuando así lo desee y lo permita, expresando su libre voluntad.

Comprender este proceso desde nuestra temporalidad no es sencillo, ya que sería como intentar comprender la plenitud desde la parcialidad. Pero disponemos de algunas luces, cuando en términos atemporales o trascendentes todo es presente y presencia, según lo cual, entonces no parecerá tener mayor importancia el día, mes o año, el antes o después, ya que lo esencial para la atemporalidad o eternidad es el resultado y no los procesos, los que no pasan de ser valiosos, pero no más que simples medios al fin.

¿Por qué un alma? ¿Por qué en este momento y no en otro? Para permitirnos acceder a la inteligencia superior que puede ser desarrollada bajo la presencia del Amor. Esto fue mucho más que un cambio evolutivo, pasando de la inteligencia racional centrada en los temores, afectos y la depredación, o sea, en el poder, a una inteligencia que puede llegar a ser más amplia y completa, centrada en el Amor, o sea, en el desprendimiento para llegar a servir a otros seres.

Sin embargo, este cambio produce que la conciencia y la razón se sostengan con frecuencia ante posturas encontradas o adversas, no siendo sencillo discernir bien para la razón, ahora, adicionalmente, necesita atender una conciencia con lo que todo pensamiento parece más complejo, si no cambiamos el punto de vista. El ser humano ahora debe elegir, atendiendo su inteligencia desde su racionalidad, o priorizando la voz de una conciencia que no puede ver, pero sí escuchar y percibir. Ante lo cual, al poseer un alma, nos cuesta apreciar que lo irracional puede costarnos una pérdida impensada, pero la inconsciencia, puede costarnos la vida. Para ayudarnos en este proceso no exento de dificultades, disponemos del fértil camino del Amor, mediante el cual, atendiendo sus propuestas señaladas por una sana conciencia no todo nos será más fácil, pero sí más claro. Este es el trabajo de las religiones que nos acompañan, ayudarnos a descubrir sus significados

como otra imperiosa tarea para cada ser humano, ya que la relación entre el Amor y cada ser, es personal.

Alguien podría preguntarse por qué las conciencias parecen tan diferentes para unos y otros, en este asunto necesitamos comprender que aparte de su cuidado, lo cual afecta su estado y la fuerza con que percibimos sus dictados, hay otro elemento a considerar, y es tan determinante como el anterior: la forma en que ella opera. La conciencia no es un ser, no se manda sola, es un medio de comunicación vital entre seres para apoyarse mutuamente, según lo cual sus sabios consejos no aparecen en nuestra mente por azar o magia, son respuestas vivas ante la mecánica del pensamiento, como sabios consejos externos que buscan iluminar la razón frente a lo que en un instante nos ocupa y preocupa. La conciencia es la respuesta consciente recibida del alma por los pensamientos, ante la presencia de un sentimiento de duda o incertidumbre. A veces nos sentimos viviendo una existencia de oscuras incertidumbres y deseando certezas, pero al adquirir las certezas, sentiremos nostalgia recordando esas incertidumbres con las cuales crecimos, ya que entonces comprenderemos que despertaban nuestro ser.

La vida del ser humano es única y eterna, para nacer requiere de un espacio que le permita crecer y desarrollarse, primero esto ocurre en el vientre materno, luego en un espacio familiar formado por quienes entregan su afecto y lo cobijan, hasta que, a su tiempo, formará su propia familia, de la cual nacerá otra. El Amor no está esperando por nosotros, ya está con nosotros, aquí, ahora está dentro de cada persona y nos acompañará siempre como parte integral y fundamental. El Cielo es el espacio que permite a la vida crecer con Amor y desarrollarse en un medio atemporal o eterno.